

Algunas reflexiones metodológicas sobre el análisis de los movimientos sociales en el campo

LUISA PARÉ

ALGUNOS INVESTIGADORES hemos tenido una suerte de acercamiento un tanto empírico al estudio de los movimientos sociales en el campo. Una característica de la mayor parte de los estudios nacionales sobre movimientos sociales en el campo es que, en mayor o menor medida, parten de una práctica o articulación personal con este movimiento y no de un análisis basado en encuestas, muestreos y todo el “rigor científico” invocado por algunas corrientes de las ciencias sociales. A muchos nos resultó imposible limitarnos a registrar represiones y formas de explotación, constatar las dificultades de las organizaciones campesinas para hacer oír su voz, sin tomar partido. La naturaleza del tema difícilmente permite otra forma de acercamiento. Una participación, sea directamente en la organización, en la asesoría de grupos, en el análisis colectivo con las propias organizaciones, en la gestión, en la difusión, en la solidaridad, en la comunicación, o bien en la práctica en el sector gubernamental como planificador, funcionario o técnico, forzosamente implica una toma de posición, una visión “comprometida”. A la vez, esta circunstancia propicia una falta de sistematización teórica sobre estas experiencias.

En efecto, muchas veces nos limitamos a ser cronistas, lo cual no es despreciable si no confundimos esta función con la de propagandista acrítico y no caemos en el panfletarismo, la visión triunfalista o derrotista o —en ciertos casos—, en apologías acríticas a la política oficial. Atendiendo al tema que nos ocupa, es decir, problemas teóricos y metodológicos para el análisis de los movimientos sociales en el campo, no hablaré aquí del movimiento campesino en concreto. En este trabajo señalo algunas de sus características recurrentes e indico ciertos vacíos en el análisis.

1. La literatura sociológica reciente sobre los movimientos sociales se refiere a éstos como *nuevos movimientos sociales* (Gunder Frank y Fuentes: 1989; Touraine Alain: 1985; Offe C.: 1985). En especial en las sociedades postindustriales o en las democracias occidentales, este tipo de nuevos movimientos (ecologistas, de género, homosexuales, de los derechos humanos, etcétera) surge ante el anquilosamiento de las instituciones o porque el sistema no contaba con los espacios para enfrentar nuevas demandas o permitir la participación de nuevas entidades

colectivas. También se señala como característica de estos nuevos movimientos sociales el hecho de que ya no son clasistas sino multclasistas, y la presencia de nuevas formas de organización espontánea que pretenden ser una alternativa a las desgastadas estructuras de los partidos políticos, tanto los liberales como los comunistas, en particular los que cargan con el peso del estalinismo.

Si bien algunas de estas situaciones se presentan en México con nuestra entrada en la modernidad, habría que recalcar que la mayoría de las demandas y movilizaciones campesinas se han inscrito hasta ahora en la lucha por hacer respetar la institucionalidad existente, es decir, en el cumplimiento de la legislación agraria, electoral o de la Constitución, en otras palabras, de la institucionalidad burguesa, a pesar de que el gobierno muchas veces es y ha sido el primero en romper con esta institucionalidad o en solapar a quien la rompe.

Sin embargo, en la medida en que el modelo de desarrollo económico impulsado por el Estado mexicano ya no es capaz de integrar a amplios contingentes de la población, las movilizaciones campesinas se dividen entre quienes luchan únicamente por metas negociables dentro de la política económica actual y el pacto social vigente y quienes, además, luchan por un nuevo orden social, por un nuevo modelo de desarrollo económico y político (Boschi Renato: 1984). En este sentido, una de las características del movimiento campesino mexicano en los últimos años ha sido la politización de sus demandas y la conciencia de la necesidad de enmarcarlas en proyectos políticos más globales, que implican la lucha por el poder político. Esto se ha expresado en consignas como "hoy luchamos por la tierra y también por el poder", y ha llevado a las organizaciones campesinas a una mayor participación activa y consciente (y no como voto verde manipulado, como en el pasado) en los procesos electorales; a alianzas con partidos políticos que no se han dado sin conflictos, debido a la herencia del corporativismo aun en los procesos independientes; a un régimen antidemocrático en el que se violan sistemáticamente los derechos humanos y políticos, y a la represión (López Monjardín: 1990).

2. Al considerar el movimiento fundamentalmente en términos de oposición y de resistencia, una *tipología fundamental* en los análisis distingue el *movimiento campesino independiente* del *oficial*. Esta división no ha sido sólo manía de los investigadores, sino que corresponde al empeño de las organizaciones por construir un movimiento campesino que ellas mismas han calificado como independiente. De hecho, si bien algunos trabajos se han dedicado al análisis de las organizaciones oficiales y de los mecanismos de control y corporativización (Hardy C.: 1984; Paré L.: 1987), la mayoría de las investigaciones se refiere al movimiento independiente porque representa un genuino esfuerzo de la sociedad civil por crear nuevas alternativas de participación.

A veces este enfoque ha resultado un tanto reduccionista, como lo señalan Jonathan Fox (1989) y Clarissa Hardy (1984), y existe una tendencia en la mayoría de los analistas a excluir el movimiento campesino oficial y reducirlo a una simple extensión de los aparatos de Estado sin tomar en cuenta que, a pesar del corporativismo, el control no es absoluto. Las contradicciones entre bases y

dirigentes llevan a triunfos parciales, ensanchamiento de espacios, negociaciones y rupturas. El balance parecería indicar sin embargo que, en los últimos años, los aparatos gremiales ligados al PRI no han sido capaces de dar soluciones a los problemas, de ofrecer alternativas y, como se han convertido en eco de las políticas oficiales anticampesinas, han perdido credibilidad y legitimidad entre el campesinado.*

3. La visión que muchas veces presentamos del movimiento campesino es *más una visión hacia afuera que hacia adentro* del propio movimiento. Es decir, existe una preocupación por definir las circunstancias externas, las características de los "enemigos de clase" o las políticas gubernamentales contra las cuales los movimientos reaccionan, resisten o plantean alternativas distintas.

Como consecuencia de lo anterior, la mayor parte de los análisis sobre movimientos sociales que pretenden una visión a nivel nacional ofrece un marco de referencia económico, es decir, referido a las causas o raíces estructurales de la protesta campesina. Otros encuentran en el impacto de la política agraria, a la vez reflejo de determinada correlación de fuerzas entre las clases sociales, las causas del deterioro de las condiciones de vida del campesinado (Bartra, A.: 1985; Canabal B.: 1988; Flores *et al.*: 1979). Tanto en estos trabajos como en estudios regionales (Sanderson: 1981), se pone el énfasis en la relación entre los condicionantes estructurales y las demandas, las tácticas de lucha, los logros en términos de la satisfacción de demandas particulares o el impacto sobre determinadas políticas económicas del Estado. En esta línea destaca el trabajo de Blanca Rubio (1987), que ofrece una interesante relación entre las regiones donde se desarrolla el movimiento campesino y los cambios en la política agropecuaria, en particular los cambios en los patrones de cultivo y el empleo en el sector.

4. En cuanto a la *visión hacia adentro*, me parece que los esfuerzos de muchos investigadores se han encaminado hacia la reconstrucción de los pasos que se han dado en la tarea del propio movimiento *de constituirse como sujeto social*. En ese orden de ideas, un enfoque se ha orientado a definir el proceso de constitución del sujeto en términos de su viabilidad, de sus posibilidades de subsistir dadas las limitaciones estructurales y de la orientación de la política económica. A esta línea correspondió la polémica de mediados de los años setenta sobre la permanencia y refuncionalización del campesinado dentro del modo de producción capitalista, o su extinción. De allí que el debate girara en torno a si lo correcto era la lucha por la tierra o la lucha sindical por mejores condiciones laborales, o bien por la apropiación del proceso colectivo. Detrás de la polémica campesinista-descampesinista, del énfasis en una vertiente u otra, yacen concepciones distintas respecto a la estrategia para tomar el poder político o compartirlo con la clase dominante (Bartra A.: 1985; Gordillo G.: 1988).

* Está por escribirse el balance de las organizaciones rurales surgidas en torno al Programa Nacional de Solidaridad, en particular de los Fondos Regionales.

El giro en la política agropecuaria desde el gobierno de López Portillo (1976-1982), es decir, el “cierre de la fase distributiva de la reforma agraria”, como se le ha llamado a la contrarreforma agraria, y la aplicación de un modelo neoliberal en la economía desde 1982 y de manera más acelerada con el gobierno de Salinas (reformas al artículo 27 de la Constitución), aunado a la crisis de la producción agrícola, han permitido superar estas falsas dicotomías. La vieja discusión [lucha por la tierra-lucha sindical] sobre las condiciones laborales ha sido superada por los propios hechos y por la evolución del movimiento campesino que se desempeña en todos los frentes.

Desde principios de la década de los ochenta la discusión afortunadamente pierde ese tono teleológico y quizá se torna más modesta en cuanto parece limitarse a dar cuenta de lo que sucede, a hacer la crónica del movimiento. Se examinan las movilizaciones y encuentros con sus contenidos programáticos y sus consignas; los *niveles de articulación* con movimientos sociales de mayor alcance (regional, nacional, internacional); las alianzas o relaciones intersectoriales; la relación entre las organizaciones de masas y los partidos políticos, etcétera. Sin embargo, el esfuerzo está más encaminado hacia una caracterización programática del movimiento (independiente, oficial, reformista, revolucionario, negociador, contestatario, agrarista, productivista), más que hacia un análisis de la vida interna de las organizaciones que lo integran.

5. Muchos trabajos privilegian los esfuerzos organizativos de mayor articulación regional o nacional (por ejemplo las coordinadoras). Tal es el caso de los estudios realizados en la importante obra colectiva dirigida por Pablo González Casanova sobre movimientos sociales, tanto a nivel nacional como regional, y el estudio de Ana María Prieto (1986). Este énfasis suele dejar en la sombra, como alguna vez señalaba Adriana López Monjardín, gran cantidad de movimientos espontáneos, aislados y recurrentes (López Monjardín: 1990). Nuestro entusiasmo por documentar el avance de estos procesos de articulación a veces no nos permite evaluar hasta qué punto lo que se ve desde afuera está realmente sustentado en la base. Es necesario ahondar en la cuestión de la representatividad, de la relación entre una democracia participativa y una democracia representativa. En las décadas de los años setenta y ochenta, en los efímeros frentes nacionales como el Frente Nacional de Acción Popular (FNAP), el Frente Nacional por la Defensa del Salario y contra la Carestía y la Austeridad (FNDESCAC), la Alianza Nacional Obrero Campesina (ANOC), etcétera, participaron organizaciones representativas pero cuyas bases nunca entendieron bien a bien su participación a este nivel.

6. Para avanzar en este terreno, nos falta profundizar en un elemento constitutivo de los movimientos sociales al que hemos dado poca importancia, que Grzybowski (1990) define como “la tensión entre la alineación y la identidad”. En términos generales, entre los campesinos predomina la identidad étnica cuando tal es el caso, o la local o regional en el caso de organizaciones ubicadas geográficamente. En la relación dominical analizada por Gonzalo Aguirre Beltrán (1946), y definida como la dominación de los centros mestizos sobre las

comunidades indígenas, se dificultaba la expresión de las identidades debido a la fragmentación y dispersión de dichas comunidades, aun cuando existe entre ellas intercambio de bienes, servicios, hijos e hijas para la reproducción, tierras, etcétera. Una mayor articulación sobre la base de reivindicaciones comunes va creando también una nueva identidad que rebasa el espacio de la comunidad. A la vez, los elementos culturales e ideológicos pueden redefinir la identidad, e impulsar demandas que, de otro modo, se expresarían sólo de manera fragmentaria o aislada con menos posibilidades de recibir respuestas adecuadas.

¿Cuál es la base política de la identidad del campesinado? ¿Las demandas de las organizaciones bastan para forjar una identidad o se construyen además sobre una identidad previa? ¿Qué tan homogénea puede ser esta identidad en una organización de nivel nacional, y qué contradicciones pueden presentarse entre organizaciones de regiones y experiencias diversas que confluyen en un mismo movimiento nacional? En este siglo, la base política de la identidad del campesinado, para algunos, hunde sus raíces en el zapatismo; para otros, en la historia del Partido Comunista de los años veinte o en el cristerismo y sinarquismo de los años treinta y, para la mayoría, en el cardenismo, desde donde confluyeron las expresiones del movimiento campesino, para reafirmarse en el neocardenismo de 1988 (Paré L.: 1990; López Monjardín 1990).

En las organizaciones de corte tradicional la identidad la provee el hombre fuerte, el líder, el que tiene carisma, el fundador del ejido, el que es capaz de acercarse a la máxima autoridad, al presidente. Por mucho tiempo parece haber existido una hermandad e identidad por el hecho de compartir una relación de lealtad con las mismas figuras paternalistas. El Estado, mientras otorgó tierras, créditos y subsidios, aunque haya sido a cuentagotas, logró crear y mantener un sentimiento de amparo a la sombra de la CNC o del PRI. Sin embargo, ésta, como toda figura paternalista, se desdoblaría en dos con toda la ambivalencia del caso: por un lado Zapata, Cárdenas, el padre bueno, accesible y, por otro lado, todos los demás presidentes, más padrastros que padres, más mestizos o europeos que indios. Sin embargo cuando, a mediados de los años setenta, el Estado ya no puede sostener la política paternalista y populista, se da una ruptura y la ambivalencia se acerca a su fin. Este hecho explica el terremoto político de julio de 1988. Surgen o reaparecen nuevas bases ideológicas y culturales para la creación y consolidación o perdurabilidad de esta identidad.

La hermandad se da ahora en la oposición a este poder que no sólo no representa ni responde sino que muchas veces oprime; la identidad se reconstruye sobre bases culturales, étnicas y religiosas. La convergencia nacional de grupos indios, de manera coincidente con la reaparición de nacionalismos en Europa central y en Canadá, entre otros lugares, no sólo es resistente a la iniciativa de la conmemoración de los 500 años del “encuentro de dos culturas”, como se le llama de manera eufemística a aquella aventura sangrienta, sino que refleja una toma de conciencia de la identidad de problemas e intereses de los grupos étnicos a pesar de su diversidad cultural y lingüística y su dispersión geográfica.

En general, podemos observar que las organizaciones campesinas con mayor participación de la base son las que están impulsadas, además de por sus carencias y problemas concretos, por alguna suerte de motor ideológico, como es el caso, por ejemplo, de las organizaciones sociales impulsadas por cristianos militantes y comprometidos con la justicia social.

7. Pocos trabajos, sobre todo de autores mexicanos, han profundizado en cuestiones de carácter más *coyuntural* o *procesual*, como las llama Michael Fowley (1988). Este investigador de la Universidad de Texas, al entender como coyuntural en este caso las especificidades dentro de lo estructural, plantea que poco se ha avanzado para dilucidar la pregunta de por qué algunos individuos y comunidades —en igualdad de condiciones— protestan o se organizan, mientras que otros permanecen estables o tranquilos, o por qué una ola de protesta emerge, se mantiene y se apaga, lo que plantea problemas de espacialidad y temporalidad (por qué aquí y no allá y en otro momento).

La observación de Fowley me parece en extremo sugerente, por lo que me extenderé sobre ella. Considero que una vez más en los diferentes análisis, estas diferencias han sido explicadas sobre todo en función de factores externos: fundamentalmente se alude a la política agropecuaria; a la capacidad del Estado de manipular, de cooptar, de reprimir; al papel divisionista de las sectas protestantes; eventualmente a las dificultades de la izquierda para articular un programa común y defender la unidad de acción o simplemente para llegar a las bases; a la crisis y a la necesidad de buscar soluciones económicas individuales, etcétera. Ciertamente estos factores son importantes pero, ¿son los decisivos y únicos? ¿Por qué el voto verde en algunas regiones ya no fue tan verde o tan priísta el 6 de julio de 1988, y por qué en otras el partido oficial obtuvo más de 90% de los votos?

Entre estos factores coyunturales y las explicaciones a las manifestaciones diferenciales del movimiento campesino, habría que incluir cuestiones como los rasgos culturales e idiosincráticos específicos de las comunidades, que subyacen a la aparente homogeneidad que presenta el estereotipo del campesino pobre o medio.

Las referencias o motivaciones personales, cuando se ha aludido a ellas, se relacionan sobre todo con cuestiones de carácter económico como las estrategias de producción (Chayanov, Warman) o de tipo cultural y social (Foster, Wolf, Fromm y Macoby). Ursula Oswald introduce la dimensión familiar cuando habla, en *Piedras en el surco*, de la necesidad de tomar en cuenta las contradicciones intergeneracionales y los elementos culturales y políticos provenientes de la relación hombre-naturaleza propia de las sociedades campesinas.

Quienes se han aventurado en el terreno de las explicaciones más bien internas a las organizaciones, han invocado como factores de mayor peso para explicar las movilizaciones (aparte de los estructurales y los de política económica), las cuestiones de carácter cultural, como son la idiosincracia, las formas de liderazgo, el papel de los ancianos, etcétera, y las de carácter histórico (tradicción de lucha). En el aspecto del liderazgo falta profundizar en la dinámica

psicosocial del líder: experiencias en otras actividades productivas en el campo o la ciudad, en el país o en el extranjero; participación previa en organizaciones, historia familiar, relaciones con el resto de la familia, marginación o integración social específica, papel de la religión, de las mujeres, etc.

Otro aspecto insuficientemente destacado sería el papel de ciertos programas o funciones sociales y públicas en la cristalización del descontento social y el aglutinamiento de los actores sociales en organizaciones regionales. Sería el caso de los promotores culturales, los maestros bilingües, los promotores de Conasupo-Coplamar, Pronasol, etcétera. Algunas experiencias particulares, como por ejemplo el caso de la Coalición de Promotores Bilingües de Oaxaca, apuntan hacia la hipótesis de que es más factible que este tipo de funcionarios-líderes se identifiquen con los intereses populares o de las comunidades cuando existe previamente alguna organización estatal que los reagrupe y cuando las propias comunidades los integran en sus organizaciones y hacen suyas también sus demandas laborales y pedagógicas.

8. La evaluación del impacto de los movimientos sociales es otro tema sobre el cual poco se ha avanzado. Las evaluaciones por lo general han sido muy puntuales en términos de soluciones a las demandas: expedientes agrarios resueltos, presos políticos liberados y, a veces, avances en la organización pero, sobre todo, en términos de capacidad de movilización y negociación, y muy poco hacia adentro. Los cambios en las nuevas modalidades de la interacción organizaciones-Estado y organizaciones-partidos son parte de esta evaluación necesaria.

* * *

Para terminar, quiero señalar que el debate sobre la cuestión agraria y los movimientos campesinos en particular se ha desplazado de las aulas o grupos de profesionales al seno de la sociedad civil, a sus organizaciones, a los foros tanto convocados de manera independiente como algunas veces por el sector oficial en la prensa, etcétera. Y ha integrado a nuevos voceros y se ha planteado más vinculado que nunca a proyectos de nación diferentes. En mi opinión, el debate actual sobre el campesinado, sus demandas y movilizaciones, comprende como temas más importantes y prioritarios en la nueva agenda del campo los siguientes:

—El papel del campesinado en la nueva división internacional del trabajo y en una planificación regional orientada a la conservación de sus recursos naturales, la promoción del empleo y la autosuficiencia alimentaria regional. La cuestión de las ventajas comparativas de los productos agrícolas, de la soberanía alimentaria nacional, de los subsidios y financiamientos a la agricultura, así como de la restructuración de la propiedad territorial.

—El impacto de las transformaciones políticas en Europa del Este (perestroika) y la acentuación de la contrarreforma agraria mexicana.

—Los cambios económicos y ecológicos en la relación campo-ciudad y la presencia de los campesinos semiproletarios y de los indios en el escenario urbano e industrial, así como la presencia de los trabajadores urbanos en las comunidades, es decir, la urbanización del campo y la ruralización de las ciudades.

—La descentralización y el adelgazamiento de los aparatos de Estado, la erosión de los mecanismos tradicionales de corporativización del campesinado, los nuevos mecanismos de corporativización y la autonomización del poder municipal.

—Las fracturas internas en el partido oficial y las luchas entre fracciones por su control.

—Los nuevos retos para los grupos campesinos independientes en el contexto de la política de modernización y “democratización”, y la canalización selectiva de recursos a través de la sociedad civil.

—La unidad del movimiento campesino y la articulación de sus demandas en un programa de alcance nacional para reorientar el desarrollo del país, y las dificultades para la unidad.

—El impacto del movimiento popular en la redefinición de nuevas estrategias políticas y económicas y en la cultura política.

—La relación entre los movimientos sociales y los partidos políticos.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Beltrán, Gonzalo, 1946, *Regiones de refugio*, Instituto Indigenista Interamericano, México.

Barberán, José, Cuauhtémoc Cárdenas, Adriana López Monjardín y Jorge Zavala, 1988, *Radiografía del fraude. Análisis de los datos oficiales del 6 de julio*, Ed. Nuestro Tiempo, México.

Bartra, Armando, 1985, *Los herederos de Zapata. Movimientos campesinos post-revolucionarios en México 1920-1980*, México, Era.

Bartra, Roger, 1974, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Ediciones Era.

Beaucage, Pierre, 1975, “¿Modos de producción articulados o lucha de clases?”, en *Historia y Sociedad*, núm. 5, México, pp. 37-59.

Boschi, Renato, 1984, “On social movements and democratization: theoretical issues”, Stanford-Berkeley occasional papers, en *Latin American Studies*, núm. 9.

Canabal, Beatriz, “El movimiento campesino frente a la crisis”, *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*, 7 de febrero de 1988.

Chayanov, Alexander V, 1974, *Teoría de la organización económica campesina*, Ed. Era, México.

- Flores, Graciela, Luisa Paré y Sergio Sarmiento, 1979, *Las voces del campo. Política agraria y movimiento campesino*, Siglo XXI Editores, México.
- Fromm, Eric y Macoby, *Psicodinámica social del campesinado*, FCE, México.
- Foster, George M., 1966, "Peasant Society and the Image of Limited Good", en M.C. Robbins, *Readings in Cultural Anthropology*, Nueva York.
- Fowly, Michael, 1988, "Peasant Protest in Contemporary Mexico: explaining who, when and where", ponencia presentada en la reunión anual de la American Political Science Association, Washington, sept. 1-4.
- Fox, Jonathan y Gustavo Gordillo, 1989, "Between State and the Market: The Prospects for Autonomous Grassroots Development in rural Mexico", en W. Cornelius, J. Gentleman y P. Smith, *Mexico's Alternative Political Futures*, La Jolla, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego, series monográficas, núm. 20.
- González Navarro, Moisés, 1968, *La Confederación Nacional Campesina: un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, Ed. Costa-Amic, México.
- Gordillo, Gustavo, 1988, *Estado, mercados y movimiento campesino*, Zacatecas, México, UAZ, Plaza y Valdés.
- Grzybowski, Cándido, 1990, "Rural Workers and Democratization in Brazil", en *The Journal of Development Studies*, vol. 26, núm. 4.
- Gunder Frank, Andre y Martha Fuentes, 1989, "Diez tesis acerca de los movimientos sociales", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, núm. 4, oct.-dic.
- Hardy, Clarissa, 1984, *El Estado y los campesinos. La Confederación Nacional Campesina*, CEESTEM-Ed. Nueva Imagen.
- Harvey, Neil, 1990, "The Limits of Concertation in Rural Mexico 1988-1990", en *Mexico in transition: elements of continuity and change*, Institute of Latin American Studies.
- Hewitt de A., Cynthia, 1989, *El campo mexicano. Una visión antropológica*, México, El Colegio de México.
- López Monjardín, "Los campesinos mexicanos como actores políticos", ponencia presentada en el coloquio de la revista *Nueva Antropología*, septiembre de 1990.
- Lucas, Ann, "El debate sobre los campesinos y el capitalismo en México", *Comercio Exterior*, vol. 32, núm. 4, México, 1982.
- Oswald, Ursula, *Piedras en el surco*, México, UAM-X, 1983.
- Offe, Claus, "The New Social Movements: challenging the boundaries of Institutional Politics", *Social Review*, vol. 52, núm. 4, invierno de 1985.

- Paré, Luisa (coord.), 1987, *El Estado, los cañeros y la industria azucarera*, UNAM-UAMI.
- Paré, Luisa, "El debate sobre el problema agrario en los setenta y ochenta", en *Nueva Antropología*, núm. 39, México, pp. 9-27, 1990.
- Prieto A. M., "Mexico's National Coordinadoras in a Context of Economical Crisis", en B. Carr y R. Anzaldúa Montoya (eds.), *The Mexican Left, The Popular Movements and the Politics of Austerity*, San Diego, Center for US-Mexican Studies, University of California, pp. 75-94, 1986.
- Rubio, Blanca, 1987, *Resistencia campesina y explotación rural en México*, México, Editorial Era.
- Sanderson, Steven E., 1981, *Agrarian Populism and the Mexican State: the struggle for Land in Sonora*, Berkeley, CA, University of California Press.
- Touraine, Alain, "An Introduction to the Study of Social Movements", en *Social Review*, vol. 52, núm. 4, invierno de 1985.
- Warman, Arturo, 1972, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, México, Ed. Nuestro Tiempo.
- Warman, Arturo, 1976, *Y venimos a contradecir*, México, Casa Chata.
- Wolf, Eric, 1976, *Las luchas campesinas en el Siglo XX*, México, Siglo XXI Editores, 4a. ed.